

CAPITÁN DIVINO, CAPITÁN SIN BRÚJULA

TRAVESÍA HACIA EL ABISMO

En las memorias de la historia, surge una figura singular, un líder autodenominado *Capitán Divino*, que nunca había guiado un barco, pero que se aventuró temerariamente hacia aguas desconocidas gobernado por las revelaciones divinas que venían de las fuerzas del cielo.

Este personaje, envuelto en un halo de arrogancia y autosuficiencia, despreciaba a los comandantes curtidos, aprovechando todo el espacio público de debate para criticar sus experiencias y subestimando sus conocimientos navales mientras anunciaba tener la guía divina a su disposición, sin embargo, en la vida se había subido a un barco, y es más, presumía con eso para señalar que capitanear un barco es algo simple y que cualquiera puede hacerlo.

En su deslumbrante actuación imprudente, el *Capitán Divino* agraviaba, y hasta humillaba, a aquellos que sugerían precauciones y rutas más seguras. "*¿Quién necesita experiencia cuando uno tiene la bendición divina?*", refutaba con una fe inquebrantable en sus visiones celestiales.

Sus seguidores, maravillados por su retórica grandilocuente, esperanzadora y simplista, lo glorificaban como el líder señalado, sin advertir que estaban a punto de darle el mando de la realidad a un teórico dogmático que les prometía partir hacia un abismo de desafíos económicos y sociales.

La primera travesía de *Capitán Divino* fue una parodia a nivel oceánico, con pronóstico meteorológico hostil, impredecible e indeterminado, aunque con la evidencia científica que tendrá un mar turbulento.

El barco, adornado con banderas de la fe y la ilusión, partió con entusiasmo hacia ese horizonte desconocido con la certeza y convicción que le venían del cielo. Sin embargo, este líder, que no sabía distinguir entre estribor y babor,

desestimaba las advertencias de capitanes experimentados que señalaban icebergs económicos y sociales tan pronto como zarpara.

La imprudencia y la insolencia eran su brújula, y la fe, su única certeza científica.

Darse cuenta

La colisión fue inevitable y el barco se estrelló contra un colosal témpano económico y social, cuyo impacto resonó como un eco de avisos ignorados. El *Capitán Divino*, envuelto en su propia luz divina, no comprendía la realidad que se cernía sobre él. Sus seguidores, antes confiados, tuvieron que enfrentar la cruda verdad: habían confiado el viaje de sus vidas a un líder que no sabía diferenciar entre el timón y un plato de sopa, claro, y fueron cayendo en la cuenta que toda su teoría que emanaba de las fuerzas del cielo, ahora no sería la más apropiada para afrontar la realidad, la tormenta real.

Las tragedias no discriminan entre creyentes y no creyentes.

Cuando el barco se comenzó a hundir en las peligrosas aguas de la desigualdad social y económica, se llevó consigo a todos los que estaban a bordo, independientemente de su fe ciega en *Capitán Divino* o su escepticismo. Los embates del hundimiento se cerraron sobre todos, recordando que las consecuencias en una tragedia no preguntan por la fe de los pasajeros.

En esta historia apócrifa que he inventado para resaltar el impacto de las imprudencias de algunos líderes en la generación de desigualdades sociales más profundas, ahora veo la oportunidad de establecer una conexión con la tragedia del Titanic.

Las clases privilegiadas, como aquellos de las altas esferas en el Titanic, tenían la certeza de conseguir un lugar en los "botes salvavidas", y así tener una oportunidad más en la vida, en que la prosperidad era posible, mientras que los menos afortunados, los que viajaban en las clases más bajas, se

enfrentaban a la imposibilidad de encontrar un refugio ante el frío de la desigualdad.

Ambas narrativas, aunque separadas por el tiempo y la realidad actual, resuenan con la misma lección: la imprudencia y la jactancia pueden llevar a desastres que afectan a todos, sin importar la posición en la jerarquía social, porque todos, y sin importar en qué clase viajaban los pasajeros del Titanic, tuvieron que enfrentar el desafío que implica un naufragio.

En este cuento trágico, que caprichosamente se me ocurre para hacer una similitud con la realidad que vivimos, el *Capitán Divino* se erige como un símbolo de esos líderes encandilados por su propia luz e inspirados en su sabiduría, aunque sabiduría de cuestionable procedencia e interpretación, que luego la historia los termina bautizando con un nuevo nombre más apropiado: "*Capitán Naufragante*".

La travesía hacia el abismo refleja la realidad de muchos líderes actuales que, confiados en su propia infalibilidad, desestiman y ningunean opiniones de aquellos que piensan distinto a ellos, o que ya han enfrentado los peligros antes.

La arrogancia y la falta de humildad son vientos que llevan a los barcos hacia aguas oscuras y potencialmente peligrosas, donde la tormenta de la desigualdad social y la desventura económica acechan implacablemente.

En este cuento que se me antojó hacer como caricatura de la realidad, el barco del *Capitán Divino* y *Naufragante* sus seguidores se hunden al fondo del océano, uniéndose a la tragedia del Titanic y a otras narrativas de desastre social y económico, donde solo se salvan los que más privilegios detentan, que paradójicamente son los que no fueron guiados por la fe, sino por la comodidad y la conveniencia, mientras que los verdaderos creyentes terminan en el fondo del mar.

Mientras que este hipotético y antojadizo desastre que inventé, las olas del naufragio se desvanecen, y que solo queda en la memoria colectiva la imagen e historias de esos líderes sin brújula que, en su soberbia e ignorancia, llevaron a sus seguidores hacia la tormenta sin fin, también nos hace pensar que la fe, sin la guía de la sabiduría, la ciencia, la razón, el sentido común y la prudencia, puede convertirse en una brújula defectuosa que lleva a la sociedad hacia el abismo.

En el vasto océano de la vida social, es la humildad, la experiencia, el sentido común y la razón quienes deben erigirse como la brújula mejor graduada. De este modo, podemos navegar hacia aguas más seguras. Contrariamente, la arrogancia y el dogma, personificados en el personaje del "*Capitan Naufragante*", solo conducen a la incertidumbre y al naufragio.